

# Abel y Anna. Carrera sin fondo.



Yolanda

Abel seguía dando zancadas intentando seguir el ritmo marcado por Anna. Honestamente su preferencia era ver una serie de Netflix. Todos le decían que debía darle una oportunidad a Anna, y por eso había decidido entrenar con ella. Le estaba costando la salud. Su cuerpo fue pensado para pensar no para andar y mucho menos correr. Anna era esbelta y ágil, tanto a nivel físico como verbal. Tenía una lengua afilada y respuestas para todo. Especialmente para nuestros clientes.

Por fin pararon la carrera para beber agua cuando Abel buscó la manera de introducir una conversación difícil para él. En su cabeza lo había repetido varias veces y parecía posible conseguir el objetivo de dejar el mensaje claro: "Anna, por favor, piensa lo que dices y no digas todo lo que piensas, especialmente con nuestros clientes. Es importante tener una buena valoración del servicio". Ese era el momento de Abel:

– Cuando te miro me imagino en unos 10 años contigo y creo que podríamos seguir así, ¿no?

Anna le miró de reojo y sonrió para que él viera que su comentario era bien recibido, aunque no pensaba dedicar los mejores años de su vida a un tipo tan descoordinado como él. Hay personas que sirven para pensar y otras que sirven para hacer tareas más físicas. Cuando le presentaron a Abel como el nuevo Jefe de Tienda pensó que los de Recursos Humanos se habían marcado un gol y le habían enviado a un Jefe con minusvalía para cumplir con el cupo. Su amiga Clara ya le explicó que se dice con "capacidades diferentes" o "especiales". Clara era una buena amiga, también le recomendó no llamar a Recursos Humanos para dar su opinión. Lo escribió en un documento confidencial en el buzón de sugerencias de la tienda. La mirada de Abel esperando respuesta la devolvió a la realidad.

– Sí, si hombre... yo creo que seguirás en plena forma y que podremos seguir dándolo todo. Sonrió Anna esperando la réplica.

– Pero escucha, aunque tengamos 10 años más, ¿no habrá pasado de moda el calentamiento previo ni el estiramiento del final, no?. Hay costumbres que hay que mantener, como la higiene



# Abel y Anna. Carrera sin fondo.



Yolanda

personal, ser educado con los clientes, ¿verdad? – Abel sonrió y, hacia sus adentros pensó, que había sido brillando cómo había llevado la conversación hacia donde él quería.

– Claro, claro... Anna miró su reloj y dijo – Buff... ya no queda tiempo para el batido de frutas.

– En 10 años, quizás ya no existan los bares y nos compremos una cápsula en una máquina, podremos elegir el sabor y al chuparla tendremos la misma sensación gustativa que la de tomar un té de frutos rojos del bosque. ¿Qué te parece? Se lo tendremos que explicar con mucho cariño a nuestros clientes, eh?

– Con que sean frutos rojos ya es suficiente. Dijo Anna de manera taxativa. ¡No inventes cosas!

– ¿Y no puedo pedir que sean del bosque? Sonrió Abel de nuevo.

– Puedes pedir lo que quieras, pero por favor, no lo hagas llevando la corbata del uniforme. Me pone nerviosa.

– ¿Mi corbata? Abel cambió la cara de soñador por la de persona ultrajada o insultada. El que estaba preparando el terreno para darle su feedback de “otra queja más y tendremos una conversación con Recursos Humano” se estaba convirtiendo en el drama de la corbata. Su corbata era parte del uniforme, ¿estará cuestionando mi autoridad? Pensó Abel.

– Sí, la tuya. Ella suspira y se toca el pelo haciéndose una coleta bien alta, esperando la respuesta de Abel, que tenía la cara de sorpresa. No quería decírtelo, así a lo loco, pero hace tiempo que pienso que llevas la corbata y te queda fatal. Ya sé que forma parte del uniforme de jefe pero no hace falta que te la pongas. No tienes cuello y no te haces bien el nudo. Parece que se te ha subido el cinturón al cuello. Ella misma se reía de lo que decía sin mirar a Abel.

– ¿Y cuánto tiempo llevas pensando esto, sin decirlo?

– Bueno, no quería ser grosera. Ya sabes que es importante ser cuidadosa y educada con los clientes. Ahora que has sacado el tema de la corbata me parecía mal mentirte. Vamos, que me has obligado a decírtelo.

– ¿Perdona?? – Abel no daba crédito –¿Qué yo saqué el tema de mi corbata? – Tomó aire y decidió contestar –. Vaya... te agradezco tu sinceridad.



# Abel y Anna. Carrera sin fondo.



Yolanda

— Pero no te piques... que te lo decía de broma. Ya se ha picado. Eres como algunos clientes, muy sensibles... Tu corbata mola muuuucho. Yo creo que me da tiempo a dar otra vuelta.

— ¿Una vuelta?

— ¿Qué?

— Así te despejas un poco y piensas en la mejor manera de decir las cosas. Ya que estamos siendo sinceros a veces, ¡cuando hablas sube el precio del pan! — Abel explotó en una risa forzada.

— Me encanta cuando improvisas. Ambos se sonrían intentado ser amables.

— Ya... esto lo tenía más que pensado Anna. Vamos, que no quería decírtelo aquí, pero me has obligado. contestó Abel con sarcasmo.

— Muy bien. contestó Anna. Debe ser la primera vez que me haces caso en algo.

Se hizo una pausa incómoda y Abel empezó a poner caras y a hacer unos ruiditos difíciles de clasificar. Anna empezó a reírse sin poder evitarlo...

— ¿Qué haces? Venga, que te perdono... No hace falta que hagas tonterías. — Pero Abel no paraba. Ella soltó la botella de agua para ir a agarrarle cuando de repente, —¡Joder... que me ha dado una rampa!

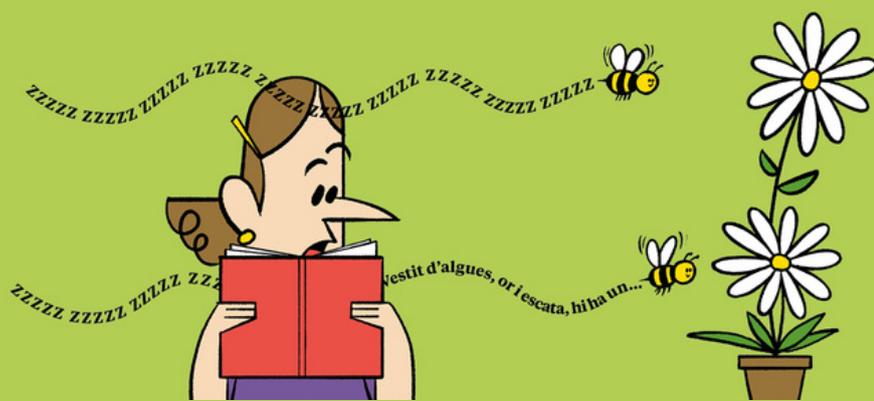
Anna desbordó en una carcajada natural y espontánea. Continuaba preguntándole ¿dónde? mientras Abel daba vueltas sobre sí mismo, no podía apoyar el pie, no podía hablar... Anna lloraba de risa y de repente, cayó en la cuenta de que quizás podría ser otra cosa.

— Venga... a ver, ¿dónde te duele?

— Argggg... — Abel seguía con una risa sardónica, acompañada de sacudidas que recordaban más a una descarga eléctrica que a una rampa. En un segundo se quedó quieto, sin respirar y mirándola con ojos saltones para decirle:

— ¡En la corbata!!! ¡¡En la corbata!!

— ¡¡Pero qué tonto eres!! Que me lo había creído. ¡¡Aqui te quedas!!



# Abel y Anna. Carrera sin fondo.



Yolanda

— ¡Jajaja... qué fuerte! ¡Te habías preocupado! Ves, yo sabía que tenías empatía en algún sitio y sentimientos, claro.

— ¿¿Qué?? ¿Pero qué dices? ¿¿Qué tiene que ver la empatía ahora??

— Pues eso, que eres una suicida de la palabra. No hace falta que me digas todo lo que piensas.

— Ya me lo has dicho, ¿es que tienes pérdidas de memoria?

— Haz el favor de no criticar a los clientes porque te piden cosas fuera del estándar.

— ¿Y te haces una rampa para decirme estas tonterías? ¿Tan importante es tu corbata? Solo te digo lo que todos piensan. Pero ya entiendo que es mejor no decir nada, no hablar para no liarla.

— No hablar dice, pero si eres tú la que me tienes frito a mensajitos en el buzón de sugerencias. Yo solo te estaba diciendo que me encantas cuando te preocupes por mí, bueno, cuando te interesas por los demás.

— Venga jefe, ¡hasta mañana!. A ver si te voy a tener que denunciar por acoso sexual. Será gilipollas... Le gusto y no se atreve a decírmelo. Ya está avisado que conmigo tonterías las justas. Como se atreva a llevarme a Recursos Humanos se come la corbata.

Abel seguía a pie de pista, con la sensación de tener un peso extra en su cuerpo. El había imaginado un final donde Anna le daba las gracias por marcarle un nuevo propósito, "estar atenta a lo que necesitan los demás". Ahora parecía que él estaba por los huesos de Anna. Tras un suspiro Abel exaló: Seré gilipollas...

